

Educar en tiempos de guerra: un imperativo ético y global



Alejandro Pérez Carvajal.
Académico Facultad de
Educación UNAB.

Mientras los conflictos armados continúan azotando regiones como Gaza, Siria y Ucrania, la educación de millones de niñas y niños queda suspendida, atacada o instrumentalizada. La guerra no solo destruye escuelas; vulnera un derecho humano esencial y perpetúa ciclos de pobreza, violencia y exclusión. Según UNICEF (2025) más de 460 millones de niños y niñas viven sumidos en situaciones de violencia devastadoras (o están huyendo de ellas), en lugares como el Estado de Palestina, Haití, Myanmar, la República Democrática del Congo, Sudán y Ucrania.

En zonas como Palestina, la infraestructura educativa ha sido blanco directo o daño colateral. Las cifras

generaciones sin espacios para aprender, jugar o simplemente estar a salvo. En este contexto, la UNESCO y ACNUR han reiterado que proteger el derecho a la educación debe ser parte integral de cualquier respuesta humanitaria y diplomática.

La educación en contextos de guerra cumple un rol irremplazable: otorga estabilidad, reconstruye tejido social y ayuda a las niñas y niños a procesar traumas. Para los más vulnerables —mujeres, desplazados, personas con discapacidad—, representa una vía hacia la resiliencia y la reconstrucción del futuro. Pero no cualquier educación es suficiente. Se requiere un enfoque centrado en derechos, interculturalidad y reparación emocional.

Los organismos internacionales coinciden: educar durante la guerra es una forma concreta de resistir la barbarie. Es sembrar humanidad en medio del caos. Por eso, el compromiso de los Estados, donantes y comunidades no puede ser tibio ni tardío. La paz se construye también en las aulas.

Silenciar las escuelas es prolongar el conflicto. Ga-